



rasgos oportunos y algunas veces magnánimos, su talento oratorio, sus cartas llenas de originalidad, viveza y fuego, sus aventuras, y hasta sus amores, le immortalizan. Su fin trágico ha contribuido en gran manera á su fama, pues desaparecer á tiempo del mundo es una de las condiciones de la gloria.

Nos hemos formado una idea falsa del modo cómo subieron al trono los Borbones: el vencedor de Ivry no se sentó en él con botas y espuelas al salir de la batalla, sino que capituló con sus enemigos, y sus amigos no tuvieron muchas veces mas recompensas que el honor de haber participado de sus reveses. Pormenores sobre esto.

Quienes eran los Diez y seis; Comité de Salvacion pública de la Liga. Procesion durante el sitio de París. Descripción del hambre. Enrique IV abjura; mas no podía hacer otra cosa para reinar. ¿Era creyente? Enrique IV iba á llevar la guerra á los Países-Bajos, cuando le detuvo uno de esos enviados secretos de la muerte que ponen la mano en los reyes. Tales hombres se levantan súbitamente y se abisman al instante en los suplicios: nada les precede ni les sigue: aislados de todo, hállanse suspendidos en este mundo tan solo de su puñal: participan en cierto modo de la existencia y de las propiedades de la cuchilla, y solo se les vislumbra un momento al resplandor del golpe



LOS HABITANTES DEL POITOU EN LA CONSERGERIA.

que descargan. Ravillac estaba muy cerca de Jacobo Clemente; es un hecho único en la historia el que el último rey de una familia y el primero de otra, hayan sido asesinados del mismo modo por un solo hombre, en medio de sus guardias y de su corte, y en el espacio de menos de veinte y un años. El mismo fanatismo animó á ambos asesinos; mas el uno inmoló á un príncipe católico, y el otro á un príncipe á quien creía protestante. Clemente fue el instrumento de una ambicion personal, al paso que Ravillac, á semejanza de Louvel, fue el ciego emisario de una opinion.

Las guerras civiles y religiosas del siglo xvi duraron treinta y nueve años: engendraron la matanza de San Bartolomé, derramaron la sangre de mas de dos millones de franceses; devoraron cerca de tres mil millones de nuestra moneda actual; produjeron el secuestro y la venta de los bienes de la Iglesia y de los particulares; dieron muerte violenta á Enrique III y á Enrique IV, é incoharon la causa criminal del pri-

mero de estos monarcas. ¿Qué es lo mejor que ha hecho la revolucion? La verdad religiosa, una vez falseada, no se entrega á menos excesos que la verdad política, cuando extralimita su objeto.

La monarquía de los Estados espira en el reinado de Luis XIII, y la parlamentaria muere con la Fronda. El primer voto de las municipalidades de Francia cuando fueron llamadas á los Estados por Felipe el Hermoso, para oponerse á las usurpaciones de Bonifacio VII, estaba concebido en estos términos: «Tenga á bien el señor rey conservar la soberana franquicia de su reino, que es tal, que en lo temporal el rey no reconoce soberano en la tierra, fuera de Dios.» El último voto de las municipalidades en los Estados de 1614, decia así:

«Suplicamos al rey ordene que se obligue á los señores á emancipar en sus feudos á todos los siervos.»

Así, pues, el primer voto del tercer estado al salir de la larga servidumbre de la monarquía feudal, es

una reclamacion en favor de la libertad del rey; y el postrero, en el instante en que vuelve á entrar en la esclavitud de la monarquía absoluta, es una reclamacion en favor de la libertad del pueblo; lo cual es nacer dignamente y morir mejor. He dicho el por qué no pudo establecerse en Francia la monarquía de los Estados. Richelieu sube al ministerio, su astucia labró su fortuna, y su orgullo su gloria.

Todas las libertades mueren á un mismo tiempo: la libertad religiosa con la toma de La-Rochela; porque la fuerza de los Hugonotes quedó destruida, y el edicto de Nantes no fue sino la consecuencia de la desaparicion del poder material de los protestantes. La libertad literaria sucumbió á su vez con la creación de la Academia francesa, tribunal supremo del clasicismo, que mandó comparecer á su presencia como pri-



JORNADA DE LAS BARRICADAS.

mer reo al genio de Corneille, Racine vino despues á imponer á las letras el despotismo de sus obras inaestras, como Luis XIV impuso el yugo de su grandeza á la política. Bajo la opresion de la admiracion, Chapelain, Coras, Leclerc y Saint-Amand sostuvieron en vano en sus perseguidas obras la independencia de la

lengua y del pensamiento: espiraron por la libertad de hablar mal, bajo los versos de Boileau, apelando de la servidumbre de su siglo á la posteridad libre. Razon tuvieron para reclamar contra la inflexibilidad de las reglas y la proscripcion de los asuntos nacionales, pero no la tuvieron en ser detestables poetas.

